

DIBUJOS DE UNA VIDA

El paso del tiempo ha dejado su impronta en mi rostro. En algún momento de este viaje el color castaño de mi pelo ha dejado paso al blanco de las canas que durante años traté de ocultar, la piel de mis manos ya no es tersa y suave, ni mi andar es ligero y apresurado. He aprendido a calmar la vorágine de mi alma y a esperar lo inevitable.

Mentiría si dijera que no he conocido la felicidad, pero los lodos han inundado en varios momentos mi ánimo.

Me siento marcada por el lugar en el que nací, Lozares de Tobalina. Hace años leí que el nombre hacía referencia a una zona de lodazares y así es tal y como yo me he sentido en muchos momentos a lo largo de mi vida, en medio de un lodazal.

El lodo cayó sobre mí antes de nacer. No viví con mi padre, murió fusilado poco antes de que yo llegara al mundo. Mi madre decía que la angustia que le produjo este hecho provocó mi nacimiento antes de tiempo y como no podía ser de otra manera, me puso de nombre Angustias.

Nunca eché en falta su presencia, mi madre me habló tanto de él que llegué a conocerle a través de ella y siempre le sentí a mi lado. Supe de su pasión por la pintura, cómo ladeaba la cabeza y se mordía la punta de la lengua cuando dibujaba, que le gustaba caminar con las manos en los bolsillos, de su olor a narcisos.... Sin embargo a quien a pesar de estar a mi lado eché de menos fue a mi madre, ya que vivió siempre anclada en la tristeza y sus recuerdos, alejada de mí.

Atesoro un viejo cuaderno con las tapas azules. Es el único objeto personal que tengo de mi padre. Sus hojas han adquirido ese color amarillento que da el pasar de los años. Las primeras páginas están pintadas a carboncillo, según lo abro puedo ver la iglesia de San Clemente y los tilos que hay junto a ella.

Si hay algo de mi pueblo a lo que verdaderamente me siento apegada es a los tilos, he pasado horas de mi vida sentada en las grandes piedras bajo ellos, hablando con mis vecinas, viendo discurrir la vida... Cuando he sentido que los lodos me atenazaban, estar junto a ellos es lo único que me ha dado sosiego.

En las páginas siguientes aparecen mis abuelos paternos a los que no conocí, mi madre, la que fue nuestra casa, y diferentes esbozos del pueblo. En una de las láminas están pintados a carboncillo mis padres el día de su boda. Se ve a mi padre de pie, vestido de traje con una ramita en flor prendida de la solapa, la mano derecha la tiene cerrada en un puño y su mano izquierda apoyada en el hombro de mi madre que se encuentra sentada en una silla con la mirada ligeramente desviada hacia el puño de mi padre, y de fondo se vislumbran los grandes tilos. Siempre me he preguntado qué es lo que escudriñaba en el puño con tanto celo y por qué mi madre tenía ahí clavada la vista. Ella nunca me lo desveló.

Esta es la única imagen que tengo de ellos pues todas las fotografías familiares fueron destruidas el diecisiete de septiembre de mil novecientos sesenta y cuatro; imposible olvidar la fecha en la que gran parte de mi pueblo fue devastado por el fuego llevándose consigo los recuerdos de mis antepasados. Sé a ciencia cierta que aquel día no fui la única que sintió el lodo, ya que muchos de mis vecinos lo perdieron todo.

La última ilustración a carboncillo es de mi madre estando embarazada. Tras ella una página en blanco, y durante muchos años nadie volvió a dibujar en este cuaderno.

Desde que me alcanza la memoria Germán ha estado presente en mi vida, era vecino nuestro, seis años mayor que yo. El hecho de que fuera huérfano de madre dio lugar a que pasara mucho tiempo en mi casa, y yo andaba siempre pegada a él.

Era muy hábil observando y plasmando sobre papel cuanto le rodeaba y desde siempre mostró interés por los utensilios de dibujo de mi padre.

A nadie le sorprendió que nos hiciéramos novios, y poco antes de cumplir yo los diecinueve, en aquella época siendo aún menor de edad, nos casamos. Yo le regalé la maleta de madera repujada en cobre de mi padre con sus útiles de dibujo y él me hizo la promesa de utilizarlos con cuidado y cariño.

Germán volvió a dar vida al viejo cuaderno de mi padre, dibujando en él lo que era nuestra vida y que me parece a día de hoy tan lejana... Sus trabajos eran a lápiz, y como no podía ser de otra manera, tras la hoja en blanco aparezco yo, sentada bajo los tilos, con mi larga melena y mis manos entrelazadas reposando sobre los muslos.

Hay un retrato copiado de una fotografía que nos tomaron a los dos el día de las fiestas patronales a la salida de la misa, de entre todos sus dibujos este es sin lugar a dudas el que más me gusta ya que logró captar la ilusión y viveza que transmitían sus ojos.

Aquellos años pasaron lentos, yo me sentía feliz con la vida que llevaba. Era él quien traía el jornal y yo me ocupaba de la casa. Hay un refrán que dice que la alegría es víspera del pesar, y en mi caso pasé de lo uno a lo otro sin tiempo para poder digerirlo. Una mañana de febrero poco después de nuestro séptimo aniversario de boda, Germán se sintió indispuerto, con náuseas y presión en el pecho. Mandé dar aviso para que acudiera el doctor, pero cuando llegó a casa no pudo más que certificar su muerte. Su joven corazón había dejado de latir. Me quedé horas sentada junto a él aferrada a su mano.

Tardé años en quitarme el sabor del lodo, en recomponer mi vida y en encontrar algo que sustentara mi ánimo.

Dejé una página en blanco en el cuaderno tras su último dibujo, al igual que él había dejado en blanco una etapa de mi vida. Nunca nadie más volvió a dibujar en él, pero me resistí a dejarlo olvidado e inacabado por lo que pasados los años empecé a guardar en él cosas que me inspiraban, o me movían algo por dentro, a veces el fragmento de un texto, alguna imagen recortada de revistas... pero sobre todo hojas y flores que encontraba en mis paseos por el campo.

No volví a casarme, aun así, tuve muchos hijos e hijas, ninguno de ellos nacido de mis entrañas, pero en todos y cada uno de los que pasaron por mis manos traté de dejar huella. Los años que pasé como maestra en el Valle de Tobalina fueron un bálsamo para mi alma. Me esforcé sobremanera no solo en transmitirles conocimientos académicos, sino en legarles algo mucho más valioso, la honestidad para con uno mismo y para con los demás.

Pasados los años me he sentido reconfortada al reencontrarme con alguno de aquellos muchachos, siendo ya hombres o mujeres adultas, con sus vidas encaminadas, y percibir que guardaban un grato recuerdo de mí; aunque hace muchísimo tiempo que no queda nadie de mi sangre que me vaya a recordar cuando yo ya no esté, quiero pensar que algo de mi esencia quedará en aquellos a los que instuí.

Estoy cansada, llevo varios días sin fuerza para levantarme de la cama, y hoy más que nunca me encuentro perdida en mis recuerdos. Pienso en las personas que de algún modo amé y

sobre todo pienso en mi padre y en Germán, se fueron de este mundo siendo jóvenes y así es cómo les guardo en mi memoria. Siempre he creído firmemente que en algún momento me reuniré de nuevo con ellos, pero me asalta el temor de que no me reconozcan, estoy tan cambiada...

Mi pulso se acelera, hace mucho que tengo la certeza de que el tiempo se me ha agotado. No me angustia, creo que ya no me queda nada más que hacer aquí. Echo tanto de menos a aquellos que formaron parte de mi vida...

Noto cierto olor a narcisos, cosa extraña estando aquí atrapada en las cuatro paredes de mi habitación. Aprieto el cuaderno contra mi pecho, cierro los ojos y veo un hombre joven que me mira de forma afectuosa. Viste de traje con una ramita en la solapa. Me acerco a él y extiende hacia mí su mano derecha que tenía cerrada en puño, quedando al descubierto la palma manchada de carboncillo; acaricia mi cabeza y me da un cálido beso en la frente, yo le abrazo y me aferro a él como una niña pequeña.

Bajo mis pies el suelo se vuelve firme, miro hacia adelante y no veo ni rastro de los lodos que me han acompañado a lo largo de la vida, sonrío y decido caminar a su lado, agradeciendo en un susurro que por fin me encontrara.